

Si no puedes con ellos... confúndelos

Las revoluciones en el Mundo Atlántico

María Teresa Calderón y Clément Thibaud (coordinadores)
Universidad Externado de Colombia,
Fundación Carolina, Taurus, Bogotá,
2006, 437 págs.

La vida me ha ido desarrollando un par de alergias irreconciliables: una al gluten del trigo y otra a lo académico. La primera me convirtió en un celíaco vegano (tranquilos terrícolas, no os voy a hacer daño), una especie de inválido digestivo, y me alejó de la Academia. Por otra parte, tengo buenos amigos académicos y pienso, con el autor medieval Benengeli, que "allá se lo haya cada uno con su pecado". Pero a mí me aburre lo académico, me parece una adecuada invitación al bostezo cuando no un eficaz remedio contra el insomnio. Y me asombra su infinita incapacidad para cambiar el mundo o siquiera para explicarlo, así como su sempiterna capacidad para dar vueltas en redondo cambiando las nomenclaturas, inventando jergas complicadas.



A juzgar por los textos académicos con los que de cuando en cuando tropiezo, me aterra lo que hoy se enseña en la universidad colombiana: en todas las profesiones, lo mismo en Derecho que en Diseño Industrial, un menjurje de gurús

franceses de las décadas del sesenta al noventa, mal leídos y mal digeridos... Me refiero a todos los Barthes, Bataille, Habermas, Derrida, Lacan, Foucault, Deleuze, Lyotard, Edgar Morin, etc., etc., algunos de ellos grandes pensadores, no lo niego, aunque algún otro haya debido acudir al extremo de pagar propagandas de televentas por cable, destinadas a su autoglorificación.



Todos ellos tienen algo en común: haber tenido al menos un dilecto discípulo de nacionalidad colombiana y haber sido la pesadilla no solamente de la niña bonita del curso, sino de todos los universitarios durante cuatro décadas. Acaso porque pensarán, como ya se lo reprochaba Nietzsche a Hegel *et caterva*, que para ser buenos filósofos debían ser al mismo tiempo pésimos escritores.

Cuando estudié en Francia, por culpa de estos señores la moda era que no había sujeto académico que se pudiera analizar sin dividirlo en dos partes; no en cinco, si el sujeto era los dedos de la mano, ni en siete ni en veintiocho; sólo valía en dos. Semejante idiotez, que era aceptada sin rechistar por los más graves y serios profesores fue degenerando hasta el extremo de la superstición hoy a la moda: la metodología por la metodología. Es decir, sublimes majaderías como la "planeación estratégica", en lenguaje de los noventa, o el *coaching*, en lenguaje del dos mil. Si las gentes que practican tales deportes hubieran leído el *Robinson Crusoe* sabrían que el ilustre náufrago fue quien se inventó aquello, y

eso porque estaba solo y necesitaba ayudar a su memoria anotando obviedades, y que el mejor discípulo suyo ha sido Betteredge, el maravilloso mayordomo de *La piedra lunar* de Wilkie Collins.

El motivo de este libro es el bicentenario de las Independencias americanas, del cual ya se ha empezado a hablar. La convocatoria del Centro de Estudios en Historia de la Universidad Externado de Colombia se basa en una petición de principio: que existe algo que se llama *revoluciones atlánticas*, enmarcado en "la modernidad política en el espacio atlántico". El concepto proviene de esa peste de los sesenta y fue acuñado por el americano Robert Palmer y por el francés Jacques Godéchet. Y claro, existe la tentación, como señala Anthony McFarlane, de reunir todas estas guerras en una gran narrativa que empezaría en 1776 en Filadelfia y terminaría con la fundación de Bolivia en 1825 o en el frustrante congreso de Panamá, un año más tarde. Pero el lector se pregunta si se trata de una distinción útil. Y no creo que lo sea. Por el contrario, tiende a confundir. El descuido en la invención del léxico permite extraer conclusiones peligrosas, como que el contrario de *revoluciones atlánticas* es *revoluciones pacíficas*. Simple detalle que nos descubre la poca fortuna del dialecto. Entrar a dilucidar si el Mediterráneo forma o no parte del océano Atlántico, para dar cabida a la Revolución italiana en el estudio, no contribuye sino a oscurecer el problema.



Jergas siempre ha habido, destinadas a aterrorizar a los no iniciados o, más prosaicamente, a proclamar que si no pagas la matrícula no entenderás de qué estamos hablando. La Historia por supuesto no ha escapado a esa invasión. Este libro, de la primera a la última página es un intento por sacudírselas de encima. Casi todos los historiadores invitados insisten en que hablar en términos que no habrían comprendido los contemporáneos es cuando menos insensato. Si un historiador del futuro llama a nuestra época el posseptembrismo o el premasiónico (esto último ignoro lo que sea, puesto que no ha ocurrido aún el hecho clave del nombre), no adelanto mucho... En cambio, si a los americanos ilustrados del siglo XIX les hubiéramos dicho que algo no era *políticamente correcto*, no nos habrían entendido, pero si les hubiéramos dicho que ese algo era *très comme il faut*, de inmediato habrían sabido, incluso en España, que ese algo era *políticamente correcto*.



En una actitud típicamente universitaria, primero se saca la conclusión grupal y luego se elabora el programa. En medio de cierta aridez académica, resulta divertido observar cómo cada invitado se la arregla —*noblesse oblige*— para ensartar en el primer párrafo su tema dentro de lo de las revoluciones atlánticas para, renglón seguido, dedicarse a lo que en realidad le interesa.

El nivel del libro es parejo. Hay un par de ensayos espléndidos, otros apenas aceptables, ninguno, cosa

rara, decididamente malo. Pronto advertimos que las diferencias son una cuestión de estilo. Patético el caso de un historiador sin estilo. ¿Qué tienen en común los mejores historiadores de todos los tiempos, digamos Burckhardt, Toynbee, Lytton Strachey, Paul Johnson, Stefan Zweig, incluso Germán Arciniegas? No que sepan más cosas que otros, sino que son amenos. ¿La razón? Muy simple. Todos ellos eran eximios novelistas, aunque alguno no haya escrito novelas. Tenían estilo para contar cosas. Para Arciniegas la mejor manera, si no la única válida, de contar la historia americana, era a través de la novela. Así, José Carlos Chiaramonte entiende que sólo un poeta, Octavio Paz, entendió lo que significaba el concepto de “patria” en el México del siglo XVII. Graciela Soriano afirma en su primera frase: “La mayoría de los problemas históricos y actuales de Hispanoamérica tiene que ver con la relación entre apariencia y realidad”. En el caso de la palabra *revolución*, nos dice, el mimetismo, la ingenuidad y la ideología se dan la mano para la confusión.

No debe extrañarnos entonces que Georges Lomné, el más arcinieguista de todos los expositores (no en vano estuvo al lado del maestro en su lecho de muerte), mientras otros ponen el debate a nivel de nomenclaturas, aduce y exhibe hechos, documentos y compara y propone. Lomné le da al lector lo que quiere: información más interpretación, en amena prosa. Para él la Independencia es toda una “invención estética”, a partir de un detalle al que no se le ha prestado la debida atención: el descubrimiento que el barón de Humboldt hace en México de los vaciados en yeso del Apolo de Belvedere y del Laoconte. La inteligencia del historiador relaciona sugestivamente de inmediato los movimientos de emancipación americana con las figuras de Winckelmann y Lessing y con el concepto europeo del “buen gusto” de entonces. Como buen discípulo de Arciniegas, reclama que la Revolución “fue antes que nada el lugar de una

experiencia retórica” enmarcada en un momento estético neoclásico. El mismo Lomné, así como alguno de sus colegas, relacionan la Independencia con algunos textos legitimadores que jamás se han leído entre nosotros, como son los del abate Mably (*Des droits et des devoirs du citoyen*) y el abate Raynal (*Historia filosófica y política*). Estos simples hechos, que no acuden a cambiar nomenclaturas sino a llamar la atención sobre lo que siempre ha estado ahí, son para mí los momentos capitales de este libro.



Otro ameno ensayo es el de Javier Fernández Sebastián. Casi que pide excusas por la jerga de sus colegas. Con lujo de detalles demuestra como la palabra “liberal” significa hoy cualquier cosa y en su tiempo significó cosas muy concretas (ser liberal era originalmente ser generoso, lo cual es hoy sólo una de sus muchas acepciones) y se pregunta con muy buen tino si aquellos personajes se verían a sí mismos como revolucionarios o como liberales. La muy traída expresión “revolución liberal” es, en la primera mitad del siglo XIX, casi inexistente. Los historiadores “hemos sido capaces de construir entidades más o menos ficticias, admirables construcciones teóricas cuya relación con las realidades sociales presuntamente aludidas o representadas es a menudo altamente problemática. Tal es el caso de la utilización abusiva de conceptos tales como revolución y liberalismo —o también modernidad, Ilustración o romanticismo—, que

muchas veces se utilizan como etiquetas tremendamente simplificadas que se prestan a todo tipo de malabarismos intelectuales". Es como la caja de doble fondo de la que hablaba Tocqueville: uno puede meter en ella las ideas que le plazca, y retirarlas luego sin que nadie se dé cuenta.



Creo que no es casualidad que los mejores escritos históricos son los que tienen un menor número de citas a pie de página. Germán Arciniegas aspiraba a que el libro histórico se pasara de ellas. Pensaba que nadie leía las notas, que hacían perder la fluidez de la lectura y que eran un estorbo. Hacía suya la frase de Noël Coward: "Encontrar una cita a pie de página es como tener que bajar a abrir la puerta cuando estás haciendo el amor". Las citas no están hechas para ser leídas, sino apenas consultadas en caso de necesidad. Si lo que dicen es muy importante, entonces el escritor se las debería arreglar para hacerlas entrar en el cuerpo del texto principal.

Tras la lectura de este libro, no pocas veces enfadosa y pesada, me digo que el texto histórico termina a menudo convertido en la versión aburrida de lo que bellamente han dicho Carpentier o Victor Hugo. En cualquier caso, prefiero circular por la Revolución española de la mano de Goya y de Leo Perutz. Me aburren los textos historiográficos sobre la revolución o revoluciones italianas, en los que prima el concepto de "revolución pasiva" o "importada", inventado por Vincenzo Cuoco y he-

cho célebre por Gramsci. Una vez más, prefiero que me las cuenten Stendhal, Manzoni e incluso Susan Sontag, así como prefiero conocer el ambiente reinante en las de Venezuela y la Nueva Granada en las voces de Uslar Pietri y de otro autor que no me resulta cómodo citar en esta revista. Me pregunto, por ejemplo, si no dicen mucho más sobre una época esos detalles ambientales, como los sombreros morillos y bolívaes, que se disputaron la moda parisina hacia 1817...

En suma, la petición de principio no fructifica (¿es que querían acertar como el Dios de Einstein, jugando a los dados?) y no hay dos visiones unificadoras. A pesar de lo que diga Doris Sommer, otra retórica superstición de nuestro tiempo, en la Independencia americana no hay "textos fundacionales", como bien señala Annick Lempérière, pero sí hay mejores y peores maneras de contarla.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



Mirando a la orilla izquierda

Cultura intelectual de resistencia. Contribución a la historia del "libro de izquierda" en Medellín en los años setenta

Juan Guillermo Gómez García
Ediciones Desde Abajo, Bogotá,
2005, 206 págs.

Aunque en Colombia la izquierda ha sido tradicionalmente marginal, lo que entre otras cosas está relacionado con el carácter cerrado y restringido de nuestro sistema político, en determinados momentos de la historia nacional, desde distintas vertientes de la izquierda, se han desarrollado propuestas teóricas y prácticas muy significativas y de indudable trascendencia en el mediano y el largo plazo, aunque eso no suela ser reconocido por los defensores y representantes del establecimiento.



De la influencia de la izquierda en la sociedad colombiana debe subrayarse su papel en el proceso de democratización política y cultural, puesto que la poca renovación que ha experimentado el país en el último medio siglo ha estado relacionada, de manera directa o indirecta, con propuestas y proyecciones hechas desde la orilla izquierda del espectro político colombiano. Sin embargo, eso no ha sido reconocido por varias razones: el predominio histórico del bipartidismo, las secuelas del antidemocrático Frente Nacional (1958-1974) y la conversión generalizada de los antiguos intelectuales e ideólogos de diversas organizaciones de izquierda a la derecha y a los partidos tradicionales. Este último punto, que ameritaría una investigación sistemática y exhaustiva, en los últimos quince años se ha justificado por la crisis y desaparición de la Unión Soviética y los países de socialismo burocrático de Europa oriental, lo cual no le quita legitimidad de ninguna manera a la izquierda, porque el capitalismo sigue existiendo con todas sus características inhumanas, algo muy evidente en América Latina, y particularmente en Colombia. No obstante, aquí en términos generales la intelectualidad ha virado a la derecha, lo que resulta más nefasto cuando muchos países gravitan hacia la izquierda, como respuesta a los resultados desastrosos del capitalismo neoliberal. Por las anteriores circunstancias, el libro de Juan Guillermo Gómez sobre la historia del libro de izquierda puede considerarse como una obra ex-